

Collell, J., Escudé, C. (2011). Conductes d'exclusió i maltractament entre iguals al parvulari. *Àmbits de Psicopedagogia*, 32, primavera 2011, pp 37-40 (Original en lengua catalana)

Conductas de exclusión y maltrato entre iguales en el parvulario

Violence does not drop out of the sky. It is a part of a long developmental process that brings in early childhood.

Thornberry, T.P.

Jordi Collell (EAP G-10) i Carme Escudé (EAP G-05)

Abstract

This paper is a reflection about the importance of early intervention in the peer rejection behaviors, in order to prevent violence and bullying. Reference is made to an intervention carried on in kindergarten. In this experience, sociometric techniques were used to find pupils at risk, and through systematic observation in the courtyard, we find children involved in aggressive behavior in the playtime. There is a relationship between the status of "rejected" and involvement in aggressive behavior toward peers.

Hay pocos estudios sobre el maltrato entre iguales en el parvulario, y los que hay son recientes, no van más allá d'una década. Las causas de esta escasa atención son diversas.

Por un lado, las conductas de maltrato en la etapa de Ed. Infantil presentan unas características notablemente diferentes de las que se observan a final de la etapa de Primaria o en el inicio de la Secundaria y no tienen la intensidad que se da en otras etapas, ni en el número de casos ni en la gravedad. En estas edades las relaciones sociales que se establecen en un grupo son plásticas y dinámicas y los roles apenas se están empezando a definir.

Además, hay la tendencia a pensar que las conductas agresivas que manifiestan los niños y niñas de esta etapa son el reflejo de una conducta primaria, poco socializada, que utilizan para defender lo que quieren. Por ejemplo, niños que se pelean por un juguete que no quieren compartir o que pegan a otro niño por que lo ha molestado, lo ha hecho enfadar o lo ha echado del tobogan...

Aunque para los adultos es difícil asumir que estos comportamientos agresivos hacia otros niños puedan aparecer de manera intencionada e injustificada en edades tan tempranas, se ha observado que algunas formas de agresión relativamente comunes a los 18 meses son motivadas por objetivos sociales o instrumentales. En este sentido, algunas investigaciones (Caplan, Vespo, Peterson y Hay, 1991) muestran la **naturaleza social del conflicto** en los primeros años de vida. Otros trabajos (Kingston y Prior, 1995) indican que a los dos o tres años de edad en algunos chiquillos se pueden identificar conductas agresivas estables, y hacia los cuatro o cinco años se pueden observar **pautas de agresión relacional** más consolidadas, como por ejemplo decir a alguien que no quieren jugar con él o decir a otros niños que no jueguen con alguien...

Debemos tener en cuenta que las conductas de agresión en la primera infancia son uno de los mejores predictores de futuros desajustes. Así, conviene considerar con mucha prudencia los párvulos que presentan conductas agresivas y discernir cuando se trata de encuentros o choques puntuales, de carácter evolutivo, que forman parte del aprendizaje de las relaciones sociales, o cuando se integran en un patrón conductual de agresividad más consistente, ya que representan un riesgo importante para el ajuste y el desarrollo psicosocial posterior.

El maltrato entre iguales

Algunas conductas agresivas pueden ser reiteradas y sistemáticas hacia determinados alumnos. Este fenómeno se ha observado en todos los países donde se ha estudiado. Así por ejemplo, se han hecho estudios en las guarderías de Noruega (Alsaker, 1993), en los Estados Unidos (Kochenderfer y Ladd, 1996) en Suiza (Alsaker y Valkanover, 2001; Perren y Alsaker, 2006) y también en el Reino Unido, España e Italia (Monks, Ortega y Torrado, 2003; Ortega y Monks, 2005) entre otros.

Los resultados de estos y otros estudios indican que la naturaleza de estas agresiones entre niños y niñas en la etapa infantil presenta diferencias importantes respecto a las que se dan en edades posteriores, especialmente en cuanto a estabilidad del rol de la víctima, debido a la plasticidad de las relaciones sociales que mantienen los niños en estas edades. Para reforzar esta idea Monks C., Ortega R. y Torrado E. (2002) hablan de agresión injustificada para referirse a las conductas de maltrato entre iguales que ocurren en el parvulario cuando, por ejemplo, un niño o un grupo de niños pega, insulta, excluye o amenaza otro sin motivo.

La agresión relacional

Es especialmente relevante hacer mención de las conductas de exclusión social, ya que en general suelen estar mucho menos consideradas que las formas directas de agresión física o verbal, especialmente en el ámbito de la educación infantil. Está suficientemente demostrado que las experiencias de aislamiento pueden tener consecuencias tanto o más graves para el desarrollo psicosocial que las de maltrato físico y se ha comprobado que se dan en todas las edades, también en el parvulario.

En la etapa de Ed. Infantil esta agresión relacional se manifiesta en conductas abiertas de exclusión, como (1) apartar a un compañero físicamente del grupo para que no juegue, (2) no escucharlo, por ejemplo, tapándose los oídos, gritando o marchando corriendo del lugar, o en otras conductas más indirectas como: (3) decirle que no le dejará jugar si no hace lo que él quiere, o (4) decir a otros niños que no jueguen con él, etc.

En general, en esta etapa, las formas de agresión física y verbal son objeto de la atención del profesorado pero también hay que prestar atención a los niños que son excluidos de manera sistemática o casi sistemática ya que:

1. El rechazo temprano de los compañeros actúa como estresor social y aumenta la tendencia a actuar agresivamente (Dodge et al. 2003). Los niños y niñas que no son aceptados por sus compañeros suelen ser identificados como irritantes o agresivos y se sitúan en una situación de riesgo de sufrir posteriores desajustes, trastornos socio-emocionales y dificultades de ajuste académico.
2. Las experiencias de aislamiento, son precursoras de experiencias posteriores de victimización directa y la baja aceptación por parte de los iguales está asociada a problemas psicosociales posteriores (Alsaker, 1993b).
3. La proporción de alumnos rechazados es bastante elevada. Por ejemplo, un 11,3% en estudios llevados a cabo en alumnos de primaria (García-Bacete, Sureda, Monjas, 2010). El rol se manifiesta estable a lo largo de la escolaridad.
4. El rechazo por parte de los iguales está estrechamente vinculado con una pobre comprensión social y una pobre comprensión de la Teoría de la Mente (Villanueva, Clemente y García-Bacete, 2000).
5. Un 45% de los niños rechazados lo sigue siendo después de un año, mientras que el 30% sigue siendo rechazado cuatro o cinco años más tarde, (Coie y Dodge 1983), aunque este porcentaje suele ser menor en niños más pequeños.

Relación entre rechazo por parte de los compañeros y agresividad

Las interacciones del niño con los demás, como las que tiene con sus iguales, van configurando su comprensión del mundo. Es probable que la aceptación por parte de los iguales favorezca en el niño el desarrollo de actividades de cooperación y empatía. Si por el contrario, estas relaciones están marcadas por el rechazo y la hostilidad, es fácil que la imagen que el niño construya de su entorno sea bastante negativa.

A medida que avanza la escolarización, un niño que ha sido expuesto reiteradamente al rechazo por parte de los compañeros, probablemente pueda desarrollar unos patrones conductuales que retroalimenten esta situación y van consolidando su estatus de rechazado. Estos patrones conductuales pueden incluir tanto conductas externalizantes (respuestas impulsivas y agresivas ...), como conductas internalizantes (timidez, inhibición, inseguridad ...) y falta de prosocialidad (evitación de relaciones sociales, falta de habilidades sociales ...)

La exclusión social lleva al individuo a ver el entorno como amenazante y poco acogedor. Schultz habla del sesgo atribucional hostil. El rechazo de los iguales genera en quien lo recibe una pobre comprensión social y posiblemente un sesgo atribucional que le lleva a percibir el mundo como hostil y los iguales como malos, aumentando la posibilidad de una respuesta agresiva. Este sesgo atribucional se puede evaluar a partir de los cuatro años de edad.

La vinculación entre agresión y exclusión social no es nueva; la exclusión crónica activa un sesgo atribucional que a menudo promueve respuestas agresivas. Esta vinculación se ha visto tristemente reflejada en violentos incidentes, los protagonistas de los que habían sufrido previamente un crónico rechazo por parte de sus iguales o de algunos de sus compañeros más cercanos.

Relación entre rechazo por parte de los compañeros y victimización

Aunque la relación entre el rechazo por parte de los iguales y la victimización no ha sido tan estudiada como su relación con la agresividad, hay investigaciones muy importantes que alertan también de esta vinculación, ya desde estas edades.

Françoise D. Alsaker, (1993b) observa que es altamente probable que el aislamiento observado en el parvulario sea precursor de experiencias de maltrato directo (físico y verbal), de una baja autoestima importante, y que pueda ser determinante en la manera de afrontar las relaciones sociales en etapas posteriores. Así, es fundamental intervenir no sólo en los casos de niños y niñas que agreden sino también en los niños que son rechazados.

Sonja Perren (2000) encuentra que las víctimas de maltrato entre iguales tienen un bajo estatus social, unas pobres relaciones con los compañeros y no tienen amigos.

Kochenderfer y Ladd (1996) encuentran que la victimización por parte de los iguales puede ser relativamente estable por algunos niños a partir de los cuatro años, especialmente entre los cinco y seis años.

Evaluación de las conductas de exclusión en el parvulario

Por todo lo expuesto anteriormente, parece claro que los adultos debemos poner atención a las relaciones que los alumnos tienen entre ellos ya en el parvulario, y evaluar el estatus social de los alumnos periódicamente y de manera objetiva y sistemática.

Para evaluar las relaciones entre los alumnos en el parvulario, como en otras etapas, son útiles las técnicas sociométricas, con la prudencia necesaria en su interpretación en cuanto a estabilidad del rol de la que hablábamos antes.

De los diversos modelos de sociograma existentes, encontramos particularmente interesante el que proponen Coie, Dodge y Coppotelli (1982), porque es bastante sencillo de aplicar y a la vez permite obtener una información muy útil.

Se trata de pedir a cada alumno de un grupo clase que nombre tres compañeros que le gusten (elecciones positivas) y tres que no le gusten (elecciones negativas). Este sociograma es

aplicable a cualquier edad adecuando la pregunta (por ejemplo en el parvulario pedimos con quien te gusta / no te gusta jugar y en la ESO pediremos quien te cae / no te cae bien). En el parvulario debe aplicarse de manera individual y pidiendo a los niños que señalen las fotografías de los compañeros que se les presentan en una hoja mientras el aplicador anota las respuestas.

A partir de las nominaciones y considerando significativa una puntuación por encima de una desviación estándar por sobre de la media, se clasifica a los alumnos en las siguientes categorías:

Nominaciones positivas	Nominaciones negativas	Categoría
Muchas	Pocas	POPULAR
Pocas	Muchas	RECHAZADO
Pocas	Pocas	IGNORADO
Muchas	Muchas	CONTROVERTIDO

Los niños y niñas que según las nominaciones de los compañeros aparecen en las categorías de Rechazado o Controvertido son los que se encuentran en mayor situación de riesgo de sufrir desajustes psicosociales posteriores

Una propuesta de intervención

Descripción de una experiencia

Con el objetivo de detectar los alumnos en situación de riesgo, realizamos una experiencia con alumnos de una clase de P4 durante una mañana del mes de abril.

Para definir el estatus sociométrico de los alumnos utilizamos la versión anteriormente descrita del sociograma, pidiendo individualmente a cada alumno que señalaran tres compañeros de clase con quienes les gustaba jugar y tres con los que no les gustaba. La elección se hizo individualmente ante una lámina con las fotografías de los niños y niñas tal como se indica en el apartado anterior.

Posteriormente hicimos una observación de juego en el patio, siguiendo un protocolo de observación adaptado de Ladd, Price y Hart (1988) (anexo) en el que observamos las interacciones entre iguales y las conductas no sociales. Para facilitar la observación pusimos espalda de cada alumno una pegatina con un número identificativo.

La hipótesis que queríamos comprobar era ver qué relación había entre el estatus sociométrico y la implicación en conductas agresivas y de victimización.

Resultados

Del análisis del sociograma, de una clase de 21 alumnos, cuatro de ellos fueron nominados por los compañeros como populares (cuatro niñas), dos como rechazados (un niño y una niña) dos como ignorados (un niño y una niña) y dos como controvertidos (dos niñas). El resto de alumnos (siete niños y cuatro niñas) no puntuaron significativamente en ninguno de estos apartados y se consideraron dentro de la media.

De la observación de juego en el patio constatamos:

- Sólo observamos algunas conductas de agresión por parte de los dos alumnos identificados como rechazados.

- Observamos la secuencia entre una conducta de exclusión por parte del grupo en situación de juego grupal ("que se vaya María ...") y la conducta agresiva subsiguiente por parte de esta niña rechazada (le tuerce los dedos a otra niña más pequeña que no formaba parte del grupo).
- Observamos también otras conductas más "de control", "de perseguir y asustar", con un nivel de agresividad más moderado y sutil por parte de las dos alumnas definidas con el estatus social de controvertidas.
- Finalmente, visualizamos algunas conductas erráticas y "de espectador" por parte de otros alumnos sin estatus social definido.

Estos resultados serían consistentes con otros trabajos al respecto. Así, en la categoría de alumnos prosociales encontramos principalmente niñas no implicadas en conductas agresivas. En cuanto a los roles de mayor riesgo de implicación en conductas agresivas hay en primer lugar el de rechazado (coherente con el vínculo agresión / exclusión) y en segundo lugar el de controvertido. No hemos observado resultados significativos en cuanto a los alumnos ignorados.

A partir de los resultados podemos concluir la necesidad de evaluar las relaciones que se establecen entre los alumnos de un grupo clase mediante sociogramas de manera periódica, al menos una vez cada curso escolar, a lo largo de la escolaridad. Además de las observaciones cotidianas del profesorado, en el parvulario constatamos la necesidad de hacer observaciones de juego libre de manera sistemática para detectar e intervenir en los alumnos en situación de riesgo de exclusión social.

Insistimos finalmente en la necesidad de prestar atención a las conductas de exclusión en estas edades tempranas, debido a que tienen un papel importante en el desarrollo del niño y como predictoras de su ajuste social posterior.

Hay muchos autores que nos alertan que, para prevenir la violencia, es esencial la intervención en edades tempranas (Rojas Marcos, Jorge Barudy, Ma. José-Díaz Aguado ...). Se ha demostrado que los programas más efectivos son aquellos que van dirigidos a los niños entre 4 y 12 años

Mejorar el clima de clase potenciando la inclusión y el trabajo cooperativo, integrar en el currículo la educación socioemocional, velar por la aplicación de una disciplina positiva y por una gestión participativa, son elementos fundamentales para mejorar las relaciones interpersonales y deberían formar parte del Proyecto de Convivencia de cada centro.

Bibliografía

- Alsaker, F.D. (1993b). Isolement et maltraitance par pairs dans les jardins d'enfants: Comment mesurer ces phénomènes et quelles en sont leurs conséquences? *Enfance*, 47, pp 241-260
- Barudy, J. (2010). 1r Congreso Europeo de Resiliencia. Barcelona: UAB 22 octubre.
- Caplan, M.; Vespo, J., Peterson, J., Hay, D.F (1991). Conflict and its resolution in small groups one- and two-year-olds. *Child Development*, 62, pp 1513-1524.
- Coie, J.D., Dodge, K.A., Coppotelli H. (1982) Dimensions and types of social status : A cross-age perspective *Developmental Psychology* 18 (4) pp 557-570
- Coie, J.D., i Dodge, K.A. (1983). Continuities and changes in children's social status: a five year longitudinal study. *Merrill-Palmer Quartely*, 29, pp 261-282.
- Collell J., Escudé C. (2003). El maltractament entre iguals al parvulari: una aproximació al fenomen de la victimització relacional. *Àmbits de Psicopedagogia*, 7, pp 16-20
- Crick, N.R., Casas, J.F. i Mosher, M. (1997). Relational and Overt Aggression in Preschool. *Developmental Psychology*, 33 (4), pp 579-588.

- De Wall, C. Twenge J., Gitter S., Baumeister R. (2009) It's the Thought That Counts: The Role of Hostile Cognition in Shaping Aggressive Responses to Social Exclusion . *Journal of Personality and Social Psychology* vol. 96 (1), pp 45-59
- Dodge, K., Landsford, J., Burks, V.E., Bates, J.E, Pettit, G.S., Fontaine, R., Price, J.M. (2003). Peer rejection and social-information processing factors in the development of aggressive behavior problems in children, *Child Development*, 74 (2) pp 374-393
- Garcia-Bacete, J. Sureda, I., Monjas M^a Inés (2010) El rechazo entre iguales en la educación primaria: Una panoràmica general. *Anales de Psicología* vol. 26, pp 123-136
- Hartup, W. W. (1992). *Having Friends, Making Friends and Keeping Friends: Relationships as Educational Contexts*. ERIC Digest. Champaign, IL: ERIC Clearinghouse on Elementary and Early Childhood Education. ED, pp 345 854.
- Katz, L. G., & McClellan, D. E. (1997). *Fostering Children's Social Competence: The Teacher's Role*. Washington, DC: National Association for the Education of Young Children. ED 413 073.
- Kingston, L., Prior, M. (1995). The Development of Patterns of Stable, Transien, and School-Age Onset Agressive Behavior in Young Children, *Child and Adolescent Psychiatry*, 34 (3), pp 261-395.
- Kochenderfer, B., i Ladd, G. (1996). Peer Victimization: Cause or Consequence of School Maladjustment *Child Development* 67, pp 1305-1317.
- Perren, S. (2000). Kindergarten Children Involved in Bullying: Social Behavior, peer relationships, and social status (2000). Inaugural dissertation der Philosophisch-historischen Fakultät der Universität Bern.
- Rojas Marcos, Luis (1998). *Las semillas de la violencia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Villanueva, L., Clemente, R. i García-Bacete, F. J. (2000). Theory of Mind and Peer Rejection at School, *Social Development*, 9 (3).
- Villanueva, L., Sorribes, S., Isert, E., (1997). Estabilidad de las técnicas sociométricas en la etapa de Educación Infantil. *Jornadas de Foment de la Investigació*. Universitat Jaume I.

